



PALACIO DEL BEJUCAL

EL PALACIO DEL BEJUCAL

UNA HUELLA OBJETIVA QUE HA DEJADO EL FEUDALISMO EN CUBA

manuscript 7941

CREEMOS oportuno reproducir, debidamente ilustrada, una detallada información sobre el antiguo Palacio de los Marqueses de San Felipe y Santiago, en el vecino pueblo de Bejucal, y del cual sólo existían sus ruinas en el año de 1841. Este artículo de Cirilo Villaverde, quizá el más connotado novelista cubano del pasado siglo, autor de obras de un marcado sabor criollo, conserva hoy su actualidad, merced al amoroso acercamiento que hemos fomentado hacia nuestro mejor pasado. Porque tenemos un pasado funesto, poco edificante, que no tiene otro valor que servirnos de experiencia amarga para mejores empeños en la afirmación definitiva de nuestra nacionalidad. No nos referimos, desde luego, a este último sino al primero. Villaverde pertenece, como fundador elocuente y ejemplar de la cubanidad, a la generación brillante de escritores que supieron plasmar en sus obras la sensibilidad del momento que les tocó vivir. Villaverde hizo allá por el año de 1839 una visita a las ruinas del Palacio de los Marqueses de San Felipe y Santiago, y del manuscrito que se sirvió el propio Villaverde para su trabajo descriptivo que apareció en 1841 en la rara publicación que llevaba por título "Paseo pintoresco por la Isla de Cuba", transcribimos

los párrafos más sustanciales, que servirán por su exactitud y detalles, para que nos formemos una idea de la importancia de aquel hermoso palacio.

L. B. S.

Decía así Villaverde:

No se fija el año en que levantaron el palacio. D. Manuel Acosta en su memoria histórica sobre el Bejucal, no dice más, sino que es obra del segundo señor marqués de San Felipe y Santiago, que tomó posesión del título en 1725, por muerte de su padre, el fundador de la ciudad. Es presumible sin embargo, que cuando por Real Cédula de 19 de mayo de 1730 le fué concedido a perpetuidad el señorío de vasallos, pensara en edificar una morada digna de quien tantos bienes como grandezas alcanzaba. Sea de esto lo que fuere, no queda la menor duda, que el palacio es tan antiguo como la ciudad y que tiene todo el aspecto de un castillo feudal.

De retorno de un viaje que yo había hecho a la Vueltabajo en 1839, entré en la ciudad de S. Felipe y Santiago del Bejucal. En esta visita llevaba el doble objeto, de tomar los coches del camino de hierro, y de examinar esa antigua población tras veinte años que hacía que la dejara de ver. Sintíendome un poco

fatigado me alojé en la gran fonda o posada que está en el costado derecho de la iglesia y me senté sin perder de vista un punto el palacio, porque si bien habíamos pasado dos o tres veces por delante de él y rodeádole, ni mi guía me había convidado a entrar, ni yo sin embargo de ser mi curiosidad indecible, me hallaba en ánimo de poner el pie dentro de sus altas y macizas puertas. Presentaba un carácter tan sombrío e imponente, con grietas tan anchas y profundas a lo largo de sus paredes, que temí se desplomara sobre mi cabeza, no más que al ruido de mis pasos. Las cavernas que había visitado en el interior de la isla, como hechuras de Dios, no me impusieron ni sobresaltaron; pero el palacio, hechura de los hombres, débil y destructible de suyo, aun el pasar por donde alcanzaban sus paredes, confieso que me daba miedo. En estas cavilaciones en resolución estaba, cuando afortunadamente se me presentó un antiguo amigo de colegio; quien asegurándome no corríamos ningún riesgo, pintándome maravillas, y dándome el ejemplo de entrar primero, me determiné a seguirlo algo animado y curioso. Mas antes será preciso que le demos un vistazo por fuera.

En la fachada que mira al oriente, formando el arco de la puerta principal, aunque llenos de moho y verdinegros se descubren unos adornos de figuras humanas, tallados en piedra y de relieve, que parece que guardan la entrada y custodian o reverencian a un busto de medio cuerpo, también tallado en piedra ordinaria, que se ve erguido en el ámbito superior del arco y representa un caballero con vestimenta y peinado a la usanza del tiempo de Felipe V. Toda esta parte del palacio se advierte a la primera vista que ha padecido mucho del tiempo y de la intemperie, ofreciendo un carácter más veraz de ruinas. No quedan en pie del segundo piso más que las ventajitas, y eso hendidas y fuera de quicio; porque los balcones, que se conoce que eran corridos por todo el frente, han desaparecido, no restando otra cosa, como en testimonio de su lamentable destrucción que los huecos de las vigas podridas, donde estuvieron suspendidos. En estos huecos y en otras mil hendiduras de las paredes han prendido una porción de plantas y arbustos considerables, los cuales juntos con el tiempo y las intemperies, según decía el poeta, le van arrancando a pedazos de su frente los cabellos.

El costado del N. no presenta mejor vista que la fachada. Temiendo que se abriese en dos mitades le arrimaron un grueso y altísimo estribo de mampostería. En el costado opuesto que mira al ocaso que

es por donde le representa la estampa de este artículo, a poco que se fije la atención, marcará al curioso tres épocas distintas en el orden de su fabricación. Hacia el ángulo izquierdo hay un balcón corrido, cosa de quince varas de longura, hecho de informes balaustres de madera, medio destruído y cubierto con un colgadizo de tejas, luego continúa una espaciosa galería, que la constituyen cinco arcos de piedra soportados por sus correspondientes columnas del orden dórico y cuyo techo es de azotea. Por último, hacia el ángulo derecho de la pared maestra que forma el cajón de la casa, sale una especie de martillo que viene a estar en línea con la galería, con una puerta al final la cual conduce, según después averigüé, a la cocina y azotea por medio de una escalera. Esta parte parece ser la últimamente fabricada en el palacio, pues aunque como en el costado del N. tenga un estribo de mampostería, el color de las paredes lo mismo que el de las tejas confirman la idea de nuestro aserto.

Hoy es audaz empeño, por no decir temerario, el permanecer a la sombra del palacio, que en su estrepitosa caída, aplastaría cuanto encontrase debajo... Pero ya es hora de que entremos.

Desde que salvamos la maciza puerta del oriente que semeja en todo la portería de un convento, empezamos a sentir un olor fuerte de humedad y de murciélagos, que me hizo recordar las cuevas de la Vueltabajo, y que más que todo me denunció el desamparo en que yacía el palacio. En el pasadizo, franqueado por seis hermosas columnas del mismo orden que las de la galería, a mano izquierda encontramos tirados en un rincón dos coches antiguos, uno que permanecía sobre sus ruedas, y el otro destrozado por el suelo. Retiramos la vista de estos inútiles restos del lujo y de la grandeza, y torciendo a la derecha emprendimos subir mesuradamente la ancha escalera de piedras de dos tramos. Los escalones de ésta (que como asegura el historiador Acosta fueron hechos de piedras extraídas de las canteras de la ciudad con que fabricaron el dicho palacio, el hospital y la iglesia), con el continuo roce de los pies y los años han adquirido tal consistencia y brillo que semejan mármol de color anaranjado, o más bien esas losas de aparadores que hace poco nos vienen de Génova. Por fin, atravesando despacio la galería, que más de una vez me figuré que temblaba bajo mi planta, penetramos en el salón. Aquí es necesario detenerse y examinarlo todo por su orden. Mil conjeturas y mil ideas ocurrensele de tropel al curioso. Estamos en el centro,

en el corazón del palacio: aquí están como reconcentrados, reunidos los caprichos, los usos y costumbres de los señores que lo habitaron: aquí están escritos, incrustados el pensamiento y el carácter del que lo mandó levantar. Ya no necesito al historiador para nada. Este describió al hombre público paseándose por las calles, embebecido con la música del sarao, o asomado al balcón de su morada que domina la ciudad en deliciosa perspectiva: yo lo voy a describir en su casa, dentro de sí mismo: en aquellas paredes está compaginada con gruesos caracteres su vida íntima. Aun se conservan vivos, frescos, los matices.

Aun vaga, silenciosa y triste, por la deshabitada y desmantelada casa palatina, el espíritu caballero y cristiano de los primitivos señores del feudo. A la derecha de la entrada, casi todo el testero de la culata, lo ocupa un magnífico dosel, a la altura de un hombre, y unido a la pared, forrado de seda encarnada, con flores de oro, bajo del cual se miran en una línea, bien conservados y hechos de pasta, de relieve, tres bien conservados y hechos de pasta, de relieve, tres medios cuerpos; dos hombres y una dueña, que según dicen, representan la familia real de los Borbones de España, reinante en la época de la fabricación del palacio de Bejucal.

Debajo de estas tres figuras hay otras de la misma pasta, relieve y extrañas vestimentas, un caballero y una señora, que se atribuyen a los fieles retratos del Marqués segundo y su señora. Luego, en todo alrededor de la sala, a la altura dicha, embutidos en la pared y simulando con pintura gruesos cordones de seda, cuelgan doce grandes medallones de yeso, muy bien labrados, que son otras tantas efigies de los Apóstoles, cada cual con su símbolo para distinguirlos y con su versículo al pie. Sobre las puertas y ventanas, guardando las líneas de las jambas y dinteles, hay también unos adornos de madera que coronan bustos graciosos y pequeños de indios con penachos de matizadas plumas y en todas las paredes instrumentos músicos, papeles pintados y pabellones fingiendo damascos recogidos con calabrotos de vivísima seda.

Todo este aparato, lujo y adorno raro, le da mayor aire de grandeza y tristeza, una hermosa águila negra con las alas desplegadas, que prendida al cielo raso del techo por el lomo, sostiene en sus garras un globo de oro y de éste un alambre, que sin duda sirvió para colgar la araña que iluminaba el salón de los suntuosos saraos, que, según es fama, allí se dieron cuando estaba en todo su poder y gloria el poder feudal de

los marqueses de San Felipe y Santiago. En los saraos que en este palacio se efectuaron a fines del siglo XVIII asistieron durante la temporada que allí pasaron, el General francés Lavaillet y Luis Felipe, Duque de Orleans, que luego fué rey de los franceses. En la temporada de 1793 vivía en dicho palacio el Capitán General D. Luis de las Casas, quien al regresar a la Habana, ponderando la fertilidad de Bejucal, dijo: "Temo poner allí en tierra la punta de mi bastón porque florecería".

El águila mira fijamente el dosel, cual desde las encumbradas rocas el sol, pero que sintiéndose detenida contra su noble independencia, parece animarse y agitar sus alas, llena de furor viendo que no puede abandonar el sitio fijo e inmóvil a que la han condenado cuando ama tanto la luz de la libertad y el aire del firmamento. ¡Pobre águila negra, tan solitaria y triste hoy, tan acompañada ayer! ¡Cuánta música, algazaras y fiestas, cuántas mujeres ricamente vestidas y nobles caballeros no habrás visto revolverse y bullir bajo tus alas, arrastrando las unas sus ricos vestidos de seda cargados de profusos y deslumbrantes atavíos, y los otros paseando de extremo a extremo la ancha sala con sus largas casacas de tisú, los chalecos o chupas de seda y lana bordados en oro y las hebillas con piedras finas en los zapatos!

Mi amigo quiso introducirse en los aposentos que caen al Norte, y aún me dió el ejemplo entrando él, pero yo no me atrevía a seguirle por las hendiduras que vi en el suelo y en las paredes. Salimos de la galería, sin perder de vista el águila, que, inmóvil parecía clavada en el firmamento con sólo el poder de sus robustas alas. Mi amigo siempre delante, penetró por una pequeña puerta, junto a la cual había una escalera de cedro y por ella subió, intrépido y resuelto, hasta otra puertecilla más chica que la anterior, que caía al terrado de la galería, desde cuyo punto según manifestó mi amigo, se gozaba de una vista extensa, completa y pintoresca de todos los alrededores de la ciudad, la sierra y el valle, sabana de verdura y flores. Pero afortunadamente estaba clavada por ser la escalera débil, las paredes, entre las cuales estaba encajonada, se desmoronaban a nuestro contacto, y no era ocasión aquella de gozar vistas pintorescas.

Bajamos con más tiento del que empleamos en subir, y pasamos por otra puerta sin hojas a la cocina que mira al Sur.

Volvimos a la galería, en cuya baranda nos detu-

vimos un rato, para ver la Plaza Mayor, la casa del Ayuntamiento que se distinguía por el rico dosel en que estaba el retato de la Reina, y a nuestros pies el gran patio, coronado de altas murallas del palacio señorial, donde, según cuenta el historiador, había en 1826 un ameno jardín y aquel día, no sólo no existía una flor, sino que estaba poblado de malvas, bledos y yantenes. Dimos un triste adiós al águila negra y bajamos mustios y meditabundos la ancha escalera de piedra. Oí decir que iban a echar al suelo el palacio, porque amenazaba próxima ruina. es de sentir porque acaso es el único monumento, la única huella visible que ha dejado el feudalismo en nuestra tierra, y algún día serviría al historiador para usarlo como un testimonio irrecusable de que también en los países descubiertos por Colón entró en cuerpo y alma esa institución de la edad media.

El palacio bejucalense era de tan fuerte y doble construcción que de reedificarlo algo volvería a su prístino estado, y a la gloria del Bejucal como al honor de los señores del feudo los marqueses de San Felipe y Santiago tocaba el contribuir con todas sus fuerzas a levantarlo de nuevo, conservando todo aquello que pudiera conservarse, en lugar de destruirlo. Yo no abogo por la causa perdida del palacio; muy lejos de eso. Tal como se hallaba el día que lo visité, era un borrón, una mancha para Bejucal, población bonita, regular y de despejado cielo.

Bien se me alcanza que el aspecto sombrío del palacio, sin paredes y techos, cargado de arbustos, abierto en mil partes por profundas grietas, que son otras tantas arrugas, anuncios de su antigüedad, no causa en todos los que lo ven una misma agradable impresión; pero para aquellos que buscan por en medio de sus canas y arrugas, por la aldaba de la puerta, como ha dicho un célebre escritor, un recuerdo, un uso, una costumbre, una historia de los primitivos tiempos de la Isla de Cuba, tanto moho, lobreguez y ruina, adquiere a sus ojos un encanto indefinible.

Los hombres pasan y cambian sus usos y costum-

bres, pero quedan sus huellas, sus monumentos y éstas son las páginas de una historia que en aquella época no teníamos, en que a veces lee claro el curioso investigador de sabrosas antigüedades. El palacio del Bejucal es una historia, con elocuente, sencillo ameno y fácil estilo. Aquellas paredes hablan, el águila está viva, "aun vaga" por la desmantelada casa, silencioso y triste el espíritu caballeroso y cristiano de los señores del feudo, los Marqueses de San Felipe.

Según el pensamiento sublime de Víctor Hugo hubo un tiempo en que se escribía con las piedras de los monumentos. Entonces una catedral gótica era la Biblia. Los arcos ojivos y las agujas, eran el espíritu cristiano que se alzaba hasta el Creador. Y no hay una cosa más sencilla en una época en que no se conocía la imprenta. No digo por esto que los que fabricaron y adornaron el palacio del Bejucal fueron artistas que tuvieron la intención de escribir una historia; precisamente porque no lo sabían ahora se puede leer lo que dejaron escrito; que es muy orgulloso el hombre para suponer que a sabiendas dejase tras sí pruebas que destruyen con mucha elocuencia, los juicios mejor dirigidos del historiador enco-miástico.

Meses pasados visitamos a Bejucal y por mera curiosidad nos detuvimos frente al lugar donde se alzara imponente el feudal edificio que tan detalladamente describiera Villaverde en su interesante escrito, y de él ya no queda nada. Un edificio moderno, de arquitectura churrigueresca se ha levantado en aquel histórico lugar; es verdad que han transcurrido cien años y que la piqueta demoledora del tiempo por un lado y la cuchara innovadora en manos intrusas y en nombre de un mal llamado adelanto y de una discutida civilización, han construido allí algo que dista mucho de tener el valor arquitectónico de este bello palacio derruido.